

MAZA "EL EXTERMINADOR"

ALBERTO MIRAMON



Heroísmo extrahumano y humorismo tremendo, son las características fundamentales que el estudioso del pasado encuentra en la vida del General Hermógenes Maza, vida desbordante como pocas, existencia que rebosa los límites de la credulidad hasta el extremo de que no sería extraño que en el decurso de los siglos se le llegara a tener por un ente mitológico.

Siempre brinda oportunidad recordatoria la estampa heroica, si bien difícilmente ejemplar, de quien fue terror y espanto de las huestes del rey, a la par que motivo de entusiasmo y regocijo para los corazones patriotas; de quien alcanzó a ser apellidado por el propio Libertador "el Ángel Exterminador de las huestes realistas".

Al abordar el tema inagotable, pretendemos realizar una labor de menores proporciones, una tarea modesta, aunque no por ello fácil: la de cercar los contornos de la figura deslindando lo heroico real de lo humano y mitológico, para estudiar al personaje a la luz de la anécdotas, cuentos y decires que han circundado su nombre. Intentaremos apenas bosquejar la viñeta picaresca de Hermógenes Maza, dejando a otro la empresa de trazar

la estampa heroica del vencedor de Tenerife.

Dice uno de sus biógrafos más autorizados, el General Carlos Cortés Vargas, que los años de 1827 a 1830, en que éste vivió en Bogotá, fueron los responsables de su popularidad picaresca, ya que las anécdotas que se cuentan son todas de esa época.

Pero cómo siendo Hermógenes Maza hijo de familia principal y linajuda hasta el punto de haber podido presentar la probancia de limpieza de sangre necesaria para alcanzar a vestir la beca rosarista? Cómo habiendo cursado estudios, primero en la escuela del español Don Juan Sordo, y luego en el Real Colegio Mayor del Rosario, se explica cambio tan contrario a lo que, dada la fuerza de las leyes hereditarias y educativas, era de esperarse?

La razón, a nuestro entender, se encuentra en ciertos acontecimientos que le ocurrieron en los primeros años de su vida militar. Sabido es que Maza sentó plaza en su ciudad natal a raíz de la revuelta del 20 de julio de 1810, y que hombro a hombro con Girardot, Ricaurte y el resto de la pléyade granadina de la que "solo siete quedaron vivos después de la campaña y todos siete fueron generales de

Colombia la Grande", partió para libertar a Venezuela.

Hecho prisionero en 1814, fue recluido en un antro de torturas, tantos fueron los ultrajes, tal la sevicia de sus carceleros, que se complacían en ponerlo en capilla y hasta hacer el simulacro de la ejecución para elevar sus padecimientos hasta lo indecible.

Casi dos años duró esa enloquecedora expectativa; durante ese lapso de vejación y tormento, el joven culto, el hidalgo educado, fue despojándose de los atributos y la temperancia que da la educación o presta al hombre el cultivo de la inteligencia.

En aquella oscura mazmorra caqueña se operó, pues la metamorfosis más completa: el resignado a la muerte, sintió un día brotar en su pecho el deseo loco de vivir y en aquel corazón suave y apacible hasta entonces, germinaron, poderosos y terribles, la venganza y el odio.

La fuga, desde ese momento, fue el eje central de sus pensamientos. Cómo logro escapar a sus verdugos? Mil relatos novelescos y contradictorios se entretajan en torno a este lance capital de su existencia, "esplendentes episodios que han ido pasando de autor en autor sin la debida comprobación, narran casi todos que se fugó de la prisión ultimando a sus guardianes; que vestido de fraile se refugió en casa de encofetada dama, y luego, esquivando la vigilancia realista, logró llegar a Santafé".

Evadiendo la persecución pacificadora, nos lo pinta el historiador Fabio Lozano y Lozano refugiado en una casa amiga, situada en el barrio de Egipto; allí le sorprendió la noticia del espléndido triunfo de Boyacá. Don José María Espinosa refiere que en compañía de Maza salió en la mañana del 10 de agosto por la carretera del norte pensando encontrar derrotados espa-

ñoles: que cerca de Chapinero vieron venir muy aprisa a un jinete vestido de grana, y que Maza se le fue encima dando el quién vive? El jinete no contestó, pero como Maza insistiera amenazante con su lanza, se hizo reconocer. ... Agregaba el antiguo abandonado de Nariño que si en vez de lanza Maza hubiera tenido fusil en aquella ocasión, la vida de Bolívar habría estado más expuesta que en Casacoma.

Al entrar las fuerzas vencedoras en Bogotá, Maza se retiró de la comitiva que acompañaba al Libertador: había encontrado entre los curiosos, frente al Humilladero, al español Brito, que había sido uno de sus verdugos en Caracas, y sin mediar palabra lo atravesó de un lanzazo. ¡Empezaba a cumplir su juramento: "El Angel Exterminador de las huestes realistas" iniciaba su labor sangrienta y terrible!

Reincorporado Maza al servicio activo, fue enviado a Honda como jefe de la columna que debía libertar el río y las poblaciones ribereñas del Magdalena. Sobra decir que allí lució una vez más su habilidad, su audacia y valor. Por desgracia allí se hizo a esa aureola sangrienta que ya para siempre habría de circundar su nombre.

Armado de un alfanje formidable, segaba las vidas de todos los soldados realistas que caían en sus manos. Su furor homicida fue tal, que don José María Baraya, cuenta cómo en el bongo llamado "La Comandancia" no se pudo hallar ni un solo palmo del color de la madera después de la acción del Tenerife.

De cuantos cayeron en sus manos, únicamente un español escapó con vida: solo don Juan Sordo, habida consideración a que fue el primer maestro de Maza, logró el perdón de la

vida y que le diera pasaporte para Bogotá, en donde esta salvación causó verdadera sorpresa por ser un criollo quien firmaba el pasaporte para un chapetón.

✓ No podemos seguir punto por punto la trayectoria militar de quien fue tildado de "el encargado de las venganzas de la patria". Implacable, como el dios de las retaliaciones, ni daba ni pedía cuartel. El Libertador lo define muy bien cuando escribía al General Santander subrayándole el hecho de que Maza jamás hiciera prisioneros de guerra: "El niño es pesado, por cada herido mata cien hombres, sin más novedad".

✓ Entre líneas se ve que el Libertador le tenía afecto y le caía en gracia sus truhanerías y calaveradas. Sin duda le cautivaban su valor e intrepidez. Empero, no llegaba esta benevolencia hasta la debilidad.

Maza, valeroso en el campo de batalla, era conflictivo en la vida sedentaria hasta el punto de que la fama de sus tropelías exasperaron al Padre de la Patria. En diciembre de 1822 escribía a Sucre: El día 13 salió de Quito para incorporarse a la división que obra sobre Pasto el Señor Coronel Hermógenes Maza... y se le previene de orden de su Excelencia el Libertador, que este oficial no tenga jamás destino efectivo en la división, sino que antes, por el contrario, se le ocupe en comisiones y que, si es posible, se bata todos los días".

✓ Quizá en virtud de ese deseo de Bolívar, se extremó con Maza la orden hasta el punto de que no solo se le hacía batirse todos los días, sino que además se le confiaban las acciones de mayor peligro. Pero no escapó a la penetración de Maza esta preferencia; así lo denota el hecho de que cada vez que cumplía una vigorosa acción de guerra, concluía el parte con estas

irónicas palabras: "Y todavía vive Maza".

La guerra se había regularizado; un tinte de caballeridad quiso darse a la contienda, tanto por parte de los patriotas como por los realistas; en virtud de este propósito era urgente retirar del servicio activo a hombres como Hermógenes Maza; de ahí el decreto del 9 de enero de 1827 por el cual se "ha tenido a bien conceder al coronel efectivo Hermógenes Maza la residencia de cuartel en el departamento que le convenga, con las dos terceras partes de su paga".

Determinó Maza radicarse en la capital, por lo que tuvo así comienzo su vida jacarandosa, esos tres años de picardías a que aludimos al principio.

Del barrio de Egipto, en donde asento su morada, bajaba al centro de la ciudad casi siempre a caballo. "Como vestía de uniforme adornado de los laureles de su grado, gastaba sable al cinto; muy bajo de cuerpo, manco, toda vez que perdió el uso del brazo derecho, temido y respetado, ferviente adorador del dios Baco, siempre entrampado, solicitando préstamos hasta del Vicepresidente Santander, a quien le quedó debiendo cien pesos, según consta en el testamento del Hombre de las Leyes. Con su palabra sacramental lista para cada libación: "Defiéndete, hígado, que ahí te va lanza". debió ser un continuo dolor de cabeza, tanto para el gobierno como para su honorable familia".

La presencia de hombre tan temido alejaba a los parroquianos de las botillerías, por lo que un tendero cuyo comercio frecuentaba Maza, resolvió un día quejarse de dolor de muelas para desterrarle, ya que sabía que el héroe se mortificaba profundamente de oír lamentos. Maza le pregunta:

¿Qué tiene usted?

"Dolor de muelas, mi general", contesta el otro a grito herido:

"Está bien", dice el incomodado parroquiano y se aleja.

El tendero había ganado la partida; alegre y decididor relataba poco después a sus amigos la afortunada treta. Pero de súbito reaparece Maza, armado con las tenazas de un herrero, y obliga al aterrado cantinero a abrir la boca y entregar una muela a la espeluznante extracción del improvisado dentista.

Como buen bogotano, siempre tenía la palabra oportuna para sortear las dificultades; sus respuestas eran geniales. Alguna vez, al ir a cobrar su pensión, en la pagaduría le salieron con la sabida disculpa de la carencia de fondos. Entonces él, dando un poderoso golpe sobre la mesa con su espadón, dijo a los empleados atónitos:

"En este libro dice "Debe Haber" luego debe haber con qué pagarme".

Inmediatamente le cubrieron su libranza, y no volvieron a demorarle jamás su pensión.

Desencantado o quizá requerido por sus familiares, resolvió abandonar su tierra natal a comienzos de 1830 y radicarse en Mompós, en donde vejetó el resto de los años que le quedaron de vida, rumiando sus glorias y cortejando al dios Baco.

Cuando el Libertador, también desencantado y achacosos, bajó en mayo de ese mismo año al río Magdalena y arribó a Mompós, fue a verlo; según parece lo encontró, como de costumbre, "a medio palo". Bolívar le dijo:

"Ahora en el viaje leí una revista inglesa que un muy bebedor al ir a apagar la bujía, se había prendido por dentro".

El vencedor de Tenerife se quedó pensativo. Luego, con toda cortesía, le respondió al Padre de la Patria:

"Le agradezco a su Excelencia la información: de ahora en adelante apagaré la vela con el sombrero".

De sus últimos años en su voluntario retiro se conservan también algunas anécdotas; quizá sean ellas las de mayor valor psicológico, porque le retratan mejor en su magnitud humana y en su fidelidad heroica al ideal de la libertad.

Dicen que por los años de 1843, un oficial por encargo de la Secretaría de guerra y marina, se le acercó a pedirle los datos para formar su hoja de servicio. El héroe con la soberbia legítima que da el conocimiento del propio mérito, herido por la ingratitude, después de mirarle de arriba a abajo, le contestó con un brote de soberano orgullo:

"Diga usted al señor Secretario de guerra que los busque en las mejores páginas de la historia de la independencia".

Otro día, corriendo el año de 1846 llegó a Mompós la noticia de que Juan José Flórez intentaba la reconquista española. Saberlo Maza y transfigurarse fue todo uno: su rostro demacrado se tornó terrible; cifó la enmohecida espada y fue a ofrecerse para volver a la campaña, al jefe militar de Mompós.... "En su pecho palpitaba el mismo corazón de Tenerife: la patria lo había olvidado, pero el no había olvidado sus deberes para con la patria".

El final de Maza fue un digno remate de aquella vida regida por el hado de lo inesperado; sorpresivamente, a las cinco de la tarde del 14 de julio de 1847, como detalla su espesa en conmovedor memorial al Presidente de la República, rindió su último aliento.

Pero aun en ese trance tremendo, el lance más trascendental para todos los humanos, tuvo arrestos para

soltar el último decir desbocado. Al sentir que la vida se le escapaba de repente, cuentan que volviéndose a los circunstantes dijo con voz entera:

"Aquí les queda su mundo de..." y luego remató con la palabra intranscribible que Víctor Hugo pone en los labios de otro héroe: de Cambrone, el jefe de la vieja guardia napoleónica cuando en Waterloo le intimaron rendición.

Según consta en los libros parroquiales de la Iglesia de Santa Cruz de Mompós, sus honras fueron so-

lemnísimas: "Cruz alta y oficio cantado". El vecindario todo de la villa gloriosa concurrió a su sepelio. En un gran silencio, en un mutismo extraño que destacan todos los cronistas, se le dió sepultura. El pueblo en certero instinto, había comprendido que sobaban los oradores de circunstancia aquella vez, porque como el propio finado lo había dicho, las páginas más gloriosas de la independencia de Colombia bastaron para decir a la posteridad quien fue Hermógenes Maza.

"Las tropas de esta división... han aprendido por la experiencia aquello que les fuera enseñado en teoría y a través de ejemplos históricos- que la serenidad y la entereza de un puñado de oficiales y tropa decididos y firmes, puede resultar en la salvación de todo un comando, ya sea contra una sorpresa inevitable o contra las líneas desorganizadas de una columna en ataque".

General de División Bushrod Johnson